

Tema 2: introducción a la metafísica

TABLA DE CONTENIDOS

1. Qué es metafísica
2. Ontologías materialistas e idealistas
3. Argumento a favor de las esencias: “lo uno sobre lo múltiple” (Platón)
4. Argumento en contra de las esencias: la navaja de Ockham
5. La anti-metafísica de Nietzsche
6. Metafísica del ser de Heidegger

1. Qué es metafísica

El término “metafísica” aparece por primera vez en la obra de Aristóteles (siglo IV aC). La obra de Aristóteles se divide en ciencias teóricas, prácticas y productivas; siendo las primeras superiores a las demás. Entre las ciencias teóricas, Aristóteles distinguía la “Filosofía 1ª” de la “Filosofía 2ª”. La Filosofía 2ª, que recibe el nombre de “Física”, es el saber que estudia el movimiento de los seres. La Filosofía 1ª, que sienta las bases de la Física, es el saber que estudia el Ser “en general”, o “el Ser en cuanto Ser”. Tres siglos más tarde, Andrónico de Rodas, discípulo de Aristóteles, ordenó su obra y acuñó el nombre de “metafísica” para referirse a la Filosofía 1ª: un saber anterior a la física.

El interés por la metafísica, ya presente en filósofos anteriores a Aristóteles (los presocráticos, Sócrates y Platón) surge de la pretensión de descubrir cómo es la realidad –el Ser- más allá de las apariencias, más allá de sus atributos, y más allá de los cambios que acontecen en ella.

Los presocráticos fueron los primeros en intentar comprender la realidad en su conjunto. En los albores de la filosofía, la realidad era una cuestión más o menos aproblemática: el Ser es la naturaleza (*physis*) y debemos buscar su origen (*arjé*) dentro de ella. Lo que llevó a estos filósofos a querer pensar más allá de los límites de la física fue la aparición de un nuevo problema filosófico, el problema del Ser y el devenir: por una parte, la naturaleza conserva su equilibrio cósmico, como si existiese una armonía preestablecida; por otra parte, la naturaleza está constantemente cambiando y parece tender al caos. Para los presocráticos estos aspectos de la naturaleza son contradictorios entre sí (la naturaleza en cierto sentido nunca cambia, y sin embargo está constantemente cambiando). Los filósofos comienzan a distinguir entre esencia y apariencia, bajo la consideración de que al menos uno de estos aspectos debe ser una ilusión, un engaño.

Platón, filósofo ateniense de la Época Clásica, influenciado especialmente por Parménides, llega a afirmar la existencia de dos mundos (dualismo ontológico): el mundo de las Ideas y el mundo sensible. El primero es donde se encuentra el Ser: las esencias de las cosas, que son abstractas, eternas e inmutables (no cambian). El segundo está en constante devenir, y en él se encuentran las cosas concretas, perceptibles por los sentidos.

Con Platón queda consumada la visión metafísica de la realidad: la realidad se compone no sólo de cosas concretas, sino de Ideas que están más allá de la física, y fuera del alcance de los sentidos.

2. Ontologías materialistas y realistas

Toda teoría acerca de cómo es la realidad en su conjunto implica una visión metafísica definida. Esto quiere decir que aquellos filósofos que, desde una visión “materialista”, definieron la realidad como un conjunto de seres concretos, o un conjunto de hechos, o un constante fluir, o simple materia en movimiento (Heráclito, los Atomistas, Guillermo de Ockham, Auguste Comte, etc.) también estaban haciendo metafísica.

En muchos casos, quienes desarrollaron ontologías materialistas tenían el objetivo de oponerse a la metafísica tradicional, que sostiene la existencia de entidades abstractas: el alma, las esencias, propiedades universales de los seres, etc. Sin embargo, negar rotundamente la existencia de dichas entidades abstractas también implica una determinada visión de la realidad (creencias sólidas acerca de lo que es real y lo que no).

(Incluso para cuestionar la validez o la pertinencia de la metafísica como saber, hay que hacerlo desde un posicionamiento metafísico. Podríamos decir que la única forma de dejar atrás la metafísica sería no cuestionarse aspectos relativos a la realidad: sólo tiene una visión de la realidad rigurosamente anti-metafísica quien no piensa más allá de las cosas concretas.)

Podemos definir ontología o bien como (1) disciplina filosófica que estudia aspectos generales de la realidad, o bien como (2) la colección de “entes” que consideramos reales o existentes.

Si consideramos que la realidad se compone sólo de entidades (cosas, objetos) concretas, estamos sosteniendo una ontología materialista. Si consideramos que en la realidad existen también entidades abstractas, estamos sosteniendo una ontología realista (defendemos la realidad de los universales).

3. Argumento a favor de las esencias: “lo uno sobre lo múltiple” (Platón)

Platón fue el iniciador de la tradición dualista que concibe la esencia como algo que trasciende a la existencia (y que prevalece sobre ella). Para Platón, las cosas del mundo sensible son imitaciones de

las Ideas, entidades abstractas que se encuentran en el mundo intelible. Las Ideas para Platón son el Ser de las cosas.

El argumento de lo uno sobre lo múltiple tiene el objetivo de probar la existencia de estas entidades abstractas. Consiste en lo siguiente:

En el mundo hay una multitud de cosas concretas, seres individuales, animales, vegetales, objetos inanimados... A veces, nos encontramos semejanzas genuinas entre estos seres: se parecen en ciertas propiedades. Estas propiedades comunes son las que nos permiten hablar de géneros o especies: son realidades universales que le dan sentido y unidad a las cosas concretas. Estas realidades son las Ideas.

El argumento puede simplificarse en la siguiente estructura:

“En el mundo existen (por ejemplo) nubes blancas, papeles blancos, coches blancos, paredes blancas... Luego existe una propiedad tal que “el ser blanco” que representa un denominador común para todos estos seres: la Idea de blanco.”

4. Argumento en contra de las esencias: la navaja de Ockham

Guillermo de Ockham (filósofo inglés de finales de la Edad Media) será muy crítico con la tradición platónica, que se mantuvo vigente a lo largo de los siglos. Frente a la postura de Platón (también conocida como realismo “exagerado” de los universales) propone su “principio de economía” o navaja de Ockham: “de entre todas las posibles explicaciones a un fenómeno, debemos escoger la más sencilla”.

Si considerásemos que las propiedades universales o Ideas realmente existen (en el sentido estricto del término) aunque no las podamos percibir, que por ejemplo, existe la Idea de caballo, la Idea de blanco o la idea de circunferencia; no hay ninguna razón para no considerar que exista también la Idea de unicornio, la Idea de blanco roto, la Idea de triángulo cuadrado, la Idea de instituto Os Rosais 3... En resumidas cuentas, el realismo de los universales nos lleva a desarrollar ontologías hipertrofiadas de esencias. Se dice que Ockham con su navaja, afeitó la poblada barba de Platón: “no debemos multiplicar los entes sin necesidad”.

Antes de suponer que existe este exceso de esencias, o intentar fijar un criterio para determinar que universales podemos aceptar como reales y cuales no; hay una solución mucho más sencilla, que cumple con el principio de economía: considerar que no existe ningún universal, que sólo existen las entidades concretas.

Para Ockham no existe “el blanco” separado de las cosas concretas. Sólo existen las “cosas blancas”.

5. La anti-metafísica de Nietzsche

Nietzsche (filósofo alemán nacido a mediados del s. XIX) tiene una posición crítica frente a la metafísica tradicional, más concretamente, frente a la tradición dualista iniciada por Sócrates y Platón. Nietzsche considera que la metafísica a lo largo de la historia ha sido un intento de imponer un orden y un sentido a un mundo que, en realidad, es caótico y está en constante cambio. En sus términos, la filosofía a partir de Sócrates se basa en tratar de imponer “lo apolíneo” (el orden, la racionalidad, la forma y la belleza, se manifiesta en la ciencia y la filosofía) sobre “lo dionisíaco” (la irracionalidad, la pasión, el caos y la vitalidad, se manifiesta en el arte, la poesía, la tragedia). Nietzsche sentía una gran admiración por los filósofos presocráticos, especialmente por Heráclito, de quien toma el estilo aforístico, y la idea de que la naturaleza es un constante fluir. Simpatiza también con los sofistas, primeros críticos de las leyes y normas morales que se nos imponen al vivir en sociedad.

Nietzsche culpa a Sócrates de la decadencia cultural de occidente por haber promovido el desprecio a la vida, el cuerpo y lo terrenal al iniciar la tradición dualista que separa alma y cuerpo, esencia y apariencia. Culpa también a Platón por continuar dicha tradición, llevándola al plano ontológico (al afirmar la existencia de dos mundos). Consideraba que la filosofía a partir de Sócrates no consistía en nada más que en ficciones y falsedades: la ficción de un mundo Ideal, el más allá en el contexto de las religiones, el alma, etc. El inventar un mundo diferente al que vivimos provoca una actitud de recelo frente a la vida entendida como cambio y devenir.

“Los más sabios de todas las épocas han pensado siempre que la vida no vale nada... Siempre y en todas partes se ha oído de su boca el mismo acento: un acento cargado de duda, de melancolía, de cansancio de vivir, de oposición a la vida. Incluso Sócrates dijo a la hora de su muerte: «La vida no es más que una larga enfermedad; le debo un gallo a Esculapio por haberme curado.» Hasta Sócrates estaba harto de vivir. ¿Qué prueba esto? ¿Qué indica? En otros tiempos se había dicho (como así han hecho y bien alto, nuestros pesimistas los primeros): «En todo caso, esto tiene que tener algo de verdad. El consenso de los sabios constituye una prueba de verdad.» ¿Seguiremos hablando hoy así?; ¿nos está permitido hablar así? «En todo caso, esto tiene que tener algo de enfermedad», ésta es la respuesta que damos nosotros: habría que empezar por examinar de cerca a los más sabios de todas las épocas. ¿Será que ninguno de ellos se sostenía ya sobre las piernas?; ¿será que estaban viejos, que se tambaleaban, que eran unos decadentes? ¿Será que la sabiduría aparece en la tierra como un cuervo a quien le entusiasma el más ligero olor a carroña?.”

Nietzsche, *el Crepúsculo de los ídolos*

6. Metafísica del Ser en Heidegger

Ya en la época contemporánea, filósofos como Martin Heidegger y Ortega y Gasset criticarán el enfoque de las ontologías centradas en los entes. La metafísica no puede basarse en preguntas como “¿qué es ser humano?” o “¿qué es ser rojo?”, la metafísica debe recuperar una pregunta más trascendental: “¿qué es Ser?”

Cuando Platón se hizo esta misma pregunta, respondió: “el Ser son las Ideas” (siendo las ideas nada más que un tipo especial de cosas). Para Heidegger esto es una ontificación (cosificación) del Ser, y el Ser es de naturaleza oculta, misteriosa. El problema es que, en realidad, cualquier respuesta posible a la pregunta por el Ser implica una cosificación del Ser, una reducción del Ser a mera cosa. De modo que la metafísica tiene que partir de la pregunta por el Ser pero no puede dar una respuesta a ella. Según Heidegger, plantearnos esta pregunta es lo que nos permite abrirnos a lo absoluto, a lo que permanece oculto: la nada.

“En primer lugar, toda pregunta metafísica abarca íntegro el problematismo de la metafísica. Es siempre es el *todo* de la metafísica. En segundo lugar, ninguna puede ser formulada sin que el interrogador, en cuanto tal, se encuentre dentro de ella, es decir, sin que vaya el mismo envuelto en ella” p. 1.

“Hay una diferencia entre *captar el todo* del ente en sí y *encontrarse en medio del ente en total*. (...) Esto acontece constantemente en nuestra existencia.

(...)

Cuando no estemos en verdad ocupados con las cosas y con nosotros mismos –y precisamente entonces-, nos sobrecoge ese “todo”, por ejemplo, *el verdadero aburrimiento*. (...) El verdadero aburrimiento va rodando por las simas de la existencia como una silenciosa niebla y nivela a todas las cosas, a todos los hombres y a uno mismo en una extraña indiferencia. Este aburrimiento nos revela el ente en total”.

Heidegger, *¿Qué es metafísica?*

¿Con cuántos arboles se hace una selva? ¿Con cuántas casas una ciudad? Según cantaba el labriego de Poitiers,

*La hauteur des maisons
empêche de voir la ville,*

y el adagio germánico afirma que los árboles no dejan ver el bosque. Selva y ciudad son dos cosas esencialmente profundas, y la profundidad está condenada de una manera fatal a convertirse en superficie si quiere manifestarse.

Tengo yo ahora en torno mío hasta dos docenas de robles graves y de fresnos gentiles. ¿Es esto un bosque? Ciertamente que no: éstos son los árboles que veo de un bosque. El bosque verdadero se compone de los árboles que no veo. El bosque es una naturaleza invisible — por eso en todos los idiomas conserva su nombre un halo de misterio.

José Ortega y Gasset, *El bosque* (1914)